IV.

Al pié de los Alpes marítimos, y en aquella parte de la alta Italia que ocupa la Lombardía, brota al lado de un peñasco y en el fondo casi de un barranco, un manantial de aguas medicinales. Bájase á él por una escarpada senda, que recorren los enfermos en bestias ó literas, con riesgo manifiesto de encontrar en el fondo del barranco el remedio total de sus dolencias. A la izquierda se descubre desde una altura Monza, la antigua capital del reino Lombardo Véneto, y á la derecha queda el camino de Mónaco, la famosa *corbeille de fleurs*, que oculta entre sus hojas esa serpiente venenosa que ha cubierto toda aquella tierra de suicidas: la ruleta de Baden-Baden, que expulsada de Alemania ha ido á labrar en el exiguo principado su magnífica caverna.

La especulación ha levantado al lado del manantial un gran *Hotel*, en que falta al enfermo una capilla en que pedir á Dios misericordia, y no le falta, sin embargo, un salon de baile en que prepararse á morir, ni una ruleta, sucursal de la de Mónaco, en que ganar el dinero para su entierro. ¡Qué triste es ver agitarse allí, al compas de un piano, unas piernas á que pronto comunicará la muerte su rigidez espantosa! ¡Qué horrible ver adelantarse una mano descarnada, para fiar á un punto de la ruleta, cantidades que debieran de estar ya consignadas en un testamento!

Mézclanse allí entre las gentes honradas que vienen á tomar las aguas, algunos de los opulentos jugadores de *la Contamine* de Mónaco, y algunos de esos otros tahures y bribones que pululan alrededor de las mesas de juego, como asquerosas ratas á caza de desperdicios. Allí se hablan todos los idiomas, corren todas las monedas, se cometen todas las infamias, y se sufren todos los dolores... Allí también acude de cuando en cuando la muerte, á escarbar en aquel cenegal de enfermedades y de vicios, para sacar á tirones de este mundo á un alma, que cae en manos de Dios vivo miéntras en el hotel siguen, tabique por medio, jugando, bailando y sufriendo.

Por agosto de 18** llegué á este famoso hotel, acompañando á otro Padre enfermo, que iba á tomar las aguas. Habíase recogido una noche mi compañero más temprano que de ordinario, por hallarse algo fatigado, y á la luz de una vela de esperma, me preparaba yo en el aposento inmediato á escribir algunas

cartas. Aún no había comenzado mi tarea, cuando llamaron á la puerta: era una camarera del hotel, que me buscaba para auxiliar á un moribundo. Detúveme tan sólo el tiempo necesario para coger mi crucifijo, y seguí en pos de ella por aquel dédalo de corredores, guarnecidos por todas partes de puertas.

—¿Y está muy grave?—le pregunté por el camino.

—Yo creo que está ya muerto,—me contestó, con la mayor naturalidad. Esta mañana me dijo que avisase á un sacerdote que había visto en la fuente, y yo me olvidé de ello... Entré esta noche á ver si quería algo, y ya no contestaba...¡*Madonna mía!* ¡qué miedo, verle boca arriba, mirando al techo?...

Comprendí que no era ocasiòn de decir á aquella mujer lo que merecía, y me limité á apretar el paso, miéntras le preguntaba:

—Pero el médico, ¿qué ha dicho?

—Si el médico no lo ha visto, *signor*...Ese hombre no viene á las aguas; viene á la ruleta...Es un pobrete, *signor;* paga sólo tres liras...

Llegamos por fin al último piso del hotel, y se detuvo mi guía ante una puerta entreabierta; allí se despidió, diciendo que era necesario avisar al amo, para que sacasen ántes del alba el cadáver de aquel hombre, que áun no se sabía si había muerto. Penetré, pues, solo en aquel cuchitril infecto, en que no había más que dos sillas, una mesa y una especie de catre de tijera. En él se hallaba tendido boca arriba un hombre, que respiraba fatigosamen-

te: tenía los ojos cerrados, y una mano delicada y blanca, cual la de una dama, salía por entre las ropas del lecho, oprimiendo fuertemente algunas prendas de vestir viejas y mugrientas, con que sin duda había procurado arroparse. A la luz de la bujía que allí encontré encendida, examiné aquellas facciones, en que la muerte había impreso ya su característico sello: era un hombre de más de cuarenta años, y sobre la palidez cadáverica que cubría su semblante, destacábanse esas manchas rojas y granujientas, amoratadas entònces, que producen las bebidas alcohólicas en las personas dadas à este vicio. No me desalenté sin embargo: ocurrióseme al punto que aquel hombre podría ser un vicioso y hasta criminal, pero no era seguramente un impío. El hecho de haber pedido un sacerdote revelaba ese resto de fé, más ó ménos viva, que establece un abismo sin fondo entre la impiedad formal y el mero libertinaje.

Removíle primero suavemente, y después con violencia; habléle luégo al oido en cuantos idiomas sabía, pues ignoraba cuál era el suyo. Más el moribundo permanecía siempre inmóvil, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, respirando de aquel modo fatigoso, semejante ya al estertor de la agonía, y latiendo su corazón apresuradamente, cual un reloj que gasta su cuerda rota.

Imposible era administrarle el sacramento de la Extremaunción, porque el pueblo más cercano era Roccabruna, y distaba más de

una hora de camino por la àspera pendiente de la montaña. Fundàndome entónces en que, al pedir aquel desgraciado un sacerdote, había demostrado su deseo de reconciliarse con Dios, extendí sobre él mis manos, y *sub conditione* le di la absolución. Coloqué después mi crucifijo sobre su pecho, y me senté á su cabecera, sin que pudiese prestarle otro auxilio que el de humedecer de cuando en cuando aquellos labios secos, con mi propio pañuelo que mojaba en un jarro.

Así pasaron dos horas: á lo léjos oía el piano del salon de baile, que tocaba una polka; á mi lado percibía el aliento de aquel hombre desconocido, que iba á espirar. Faltóme al fin el aire en aquella reducida estancia, infectada por el vaho del enfermo, y abrí la ventana para respirar un momento. Al frente se veían las de la sala de juego, también abiertas, y pude distinguir, bajo las pantallas verdes de sus lámparas, los rostros ansiosos de los jugadores, que se inclinaban sobre la ruleta, y los montones de oro, que cubrían el tapete.

Un ruido estridente y desagradable resonó entónces hácia el lecho del moribundo: creí que arañaba en la pared con las uñas, y acudí al punto á su cabecera. Encontrèle, sin embargo, en la misma postura, inmóvil, como le habia dejado. Entónces volvió à resonar aquel mismo ruido, que me causaba escalofríos: era que el moribundo rechinaba los dientes...

A lo léjos tocaba entónces el piano el brindis de *Lucrecia*, y una poderosa voz de contralto cantaba al mismo tiempo su famosa letra, *Il secreto per esser felice*...Oprimióseme el corazòn tan fuertemente, que no pude contener las làgrimas; y obedeciendo á un movimiento espontáneo, acerqué el crucifijo á aquellos labios secos; más éstos permanecieron mudos é inmóviles, y no lo besaron.

A las dos movió el moribundo levemente la cabeza, y arrojó por la boca una poca de sangre; diez minutos después entró en la agonía. Entónces me arrodillé á su lado, y comencé á recitar la recomendaciòn del alma. Al llegar á las palabras *Redemptorem tuum facie ad faciem videas.—Veas á tu Redentor frente á frente*, el agonizante experimentó una fuerte sacudida. Abrió los ojos, me miró espantado, echó hácia atras la cabeza con tal violencia, que sentí crugir sus vértebras, y arrojando por narices y boca un mar de sangre negra, se quedó muerto.

Sentí un estremecimiento de horror, que me corría de pies á cabeza, y apénas si pude balbucear hasta el fin aquellas oraciones. Al terminarlas llamé á la camarera, y à poco llegó también el dueño del hotel, acompañado del médico y de otros dos hombres. Adivinando entónces la repugnante escena que iba á seguirse, me retiré à mi cuarto para rezar, por el alma de aquel muerto sin nombre, el oficio de difuntos.

A poco sentí que abrían una puerta que daba al campo, situada al pié de mi ventana. Ya el alba comenzaba á clarear, y pude dis-

tinguir á dos hombres del pueblo que salían sigilosamente. Llevaba uno al hombro una azada, y el otro conducía del diestro un borrico: sobre éste iba atrevesado un bulto, envuelto en una sábana sucia. Tomaron en silencio una estrecha senda que trepa por la montaña, hasta llegar á Roccabruna, antigua ciudad de Monaco, perteneciente hoy á Francia. Al volver un recodo del camino, enredóse la sabána en un matorral, y desgarrándose por un extremo, dejó asomar los pies desnudos y agarrotados de un cadáver.

Era el de aquel desconocido, que marchaba ya camino del cementerio.

V.

Aquella tarde se presento en mi cuarto el dueño del hotel, suplicándome que le tradujese al italiano algunas cartas en español, encontradas en la maleta del difunto.

—Era un falsario de España,—me dijo. Vea V. lo que traía en un doble fondo de la maleta.

Y al decir esto me mostraba varias plantillas falsificadas, de billetes de los Bancos de Turín y de España. Miré los sobres de aquellas cartas, y vi con indecible espanto, que iban todas dirigidas à Manolo...

Entónces se me ocurrió escribir esta historia, para dedicarla á ciertos padres de familia.

FIN.